

Suboficiales en la Historia

Por: Miguel PARRILLA NIETO



ANTONIO ANTON

SARGENTO DE ARTILLERIA

• LOS SUCESOS DEL CUARTEL DEL CARMEN

En la sesión del Congreso de los Diputados correspondiente al día 11 de enero de 1920, Alejandro Lerroux exclamaba: «El soviét ha llegado a los cuarteles». Juan de la Cierva y otros políticos de diferentes ideologías, manifestaban, igual que el líder republicano, que en efecto, la marea revolucionaria desatada por el Komintern o III Internacional, comenzaba ya a dejarse sentir en la sociedad española y como novedad, dentro de algunos sectores de la milicia.

Aquella expresión de Lerroux y el consiguiente eco de identificación por parte de los parlamentarios del año 20, tenía su origen en la noticia que acababa de recibirse en Madrid, procedente de Zaragoza, según la cual, un cuartel de artillería, el del Carmen, había sido objeto de una grave sublevación protagonizada por ocho individuos de tropa.

Desde el exterior, la operación

subversiva parecía tener importantes instigaciones civiles; entre los señalados figuraban el anarquista Checa, un concejal republicano, Macipe, y el sindicalista Osacar, además de otros elementos de probada actividad revolucionaria más a la sombra que los identificados. En el suceso habían perdido la vida el teniente Anselmo Bergés y el sargento Antonio Antón, ambos del arma de artillería y de guardia en el acuartelamiento.

Siguiendo esta revista con el propósito, iniciado hace ya meses, de dar a conocer los más destacados actos de valor con trascendencia histórica llevados a cabo por los suboficiales, hoy hacemos referencia al papel desempeñado por los sargentos del 9.º de Artillería en aquellos trágicos sucesos que conmovieron a la opinión pública española hace ya sesenta años, y muy particularmente, la intervención del sargento Antón, mártir de una dra-

mática jornada que marcó un hito de luto en la trayectoria gloriosa del ejército español.

A las dos de la madrugada del 11 de enero, los cabos Nicolás Godoy Beltrán y Antonio Peña Expósito, junto con seis artilleros más del regimiento, abandonaban sigilosamente sus camas, y burlando la vigilancia de las imaginarias en las respectivas baterías, salían a un rincón del patio, donde, en breve conciliábulo, ultimaban los mínimos detalles del plan fraguado días atrás por los responsables del grupo revolucionario al que pertenecían.

La operación consistía en apresar o eliminar, según las circunstancias, al oficial y al suboficial de guardia; apoderarse de las llaves del depósito de armamento y abrir las puertas del cuartel a un comando exterior que se haría cargo de las armas y municiones para, inmediatamente,

trasladarlas a un lugar seguro en algún punto de la ciudad.

Se pone en marcha la maniobra a las tres de la mañana. El grupo de sublevados trata de sorprender simultáneamente a los dos responsables de la seguridad del acuartelamiento. El cabo Godoy con tres soldados, aparece en el despacho del oficial, y el teniente Bergés, adormilado a tan altas horas de la noche, se ve desbordado por los cuatro artilleros que, en actitud irrespetuosa, le exponen su descabellada pretensión.

Intenta el oficial desenfundar su pistola, y los sediciosos, como alimañas frente a una pieza escurridiza, saltan sobre él asestándole una primera puñalada. Bergés se defiende, lucha desesperadamente rodeado ya de manos crispadas que se oponen con ira a toda resistencia. Golpea, quiere hablar; pero los asesinos se ceban en él destrozándolo materialmente a machetazos.

El informe del forense atestiguaría, horas más tarde, la existencia de lucha violenta, así como que dos de las 16 heridas de arma blanca que presentaba su cadáver, le fueron producidas después de muerto.

El resto de los amotinados irrumpe en el cuarto del sargento, éste, parece que en aquel momento se hallaba estudiando unos temas para ciertas oposiciones al Cuerpo de Correos a las cuales pensaba presentarse en breve. Al levantar la vista del texto, encuentra frente a sí unos soldados mal vestidos, sin gorra, desencajados por la tensión nerviosa y claramente con intenciones agresivas, que sin mediar diálogo, le apremian a entregar su arma y las llaves de los calabozos.

Antón reacciona instintivamente y de una patada vuelca la mesa contra los recién llegados. Se ha percatado de que al llevar éstos armas blancas la lucha deberá ser

Reproducción del «ABC» 13-1-20

MADRID. DIA 13 DE
ENERO DE 1920.
NUMERO SUELTO
5 CENTS. 〰〰〰

ABC

DIARIO ILUSTRADO.
AÑO DE 1920.
SEXTO. N.º 13.
〰〰〰 5 CENTS.

MADRID: UN MES, 1,50 PESETAS. PROVINCIAS: TRES MESES, 5. EXTRANJERO: SEIS MESES, 28 PESETAS.
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, SERRANO, 55, MADRID, APARTADO N.º 43



ZARAGOZA. MANIFESTACIÓN DE DUELO

ENTIERRO DEL OFICIAL Y EL SARGENTO DE ARTILLERÍA VÍCTIMAS DE LOS SUCEOS DEL CUARTEL DEL CARMEN
(FOTO SANCHEZ ROMAN)



Teniente Bergés

cuerpo a cuerpo. Ante la inoportuna sorpresa y contrariados los asaltantes por el ruido que produce el mueble al chocar contra el suelo, retroceden unos segundos, tiempo que es aprovechado por el sargento para coger el fusil y a modo de maza, ya que no puede montarlo, hace con él un molinete en el aire y en su recorrido circular, la culata golpea la cabeza de uno de los agresores.

El herido, con el rostro ensangrentado, arroja su machete contra Antón, logrando acertarle en plena cara. Los demás se abalanzan sobre la víctima y le clavan una hoja acerada en el costado derecho; pero el sargento, en pie, abrasado ya por el dolor, continúa defendiéndose con el apoyo del fusil.

La lucha se hace irreversiblemente a muerte. Antón comienza a sangrar a borbotones por la herida abierta y el grupo de energúmenos consigue por segunda vez hendir otro machete en el cuerpo de su oponente.

El sargento Antón viendo su final pendiente de una fracción de tiempo, grita llamando a la guardia; pero su voz, débil, apagada por su saliva roja que le priva del aire, apenas sale ya de la garganta; de todas formas, la guardia está bajo control de los que acaban de dar muerte al teniente.

Aún recibe el Suboficial de guardia tres puñaladas más; una de ellas, según la autopsia, le seccionó el corazón. El cadáver de Antón presentaba además numerosas contusiones, señales evidentes de haber sido golpeado repetidas veces con la culata de un fusil.

Lo que ocurrió después en el interior del cuartel resulta muy confuso. Solo se sabe con precisión que quienes contribuyeron decisivamente a sofocar la rebelión fueron los sargentos; así lo manifestaba el senador Royo Villanova el día 13 de enero: «En estos sucesos ha habido cosas consoladoras y optimistas, pues se ha visto reinar la disciplina bravamente bajo la dirección de los sargentos, que han salvado la situación». Dos de ellos, Cebrián y Labau, resultaron gravemente heridos.

La Guardia Civil, avisada desde algún teléfono del edificio militar, colaboró desde el exterior a la sumisión de algunos individuos que se habían hecho fuertes en uno de los pisos altos, hostigando desde las ventanas a los miembros de la Benemérita que intentaban acercarse a la puerta de entrada del acuartelamiento.

Así mismo, las Fuerzas del Orden detuvieron al cabecilla civil Checa, «alma de la sublevación», según la exposición del fiscal en el juicio sumarisimo que se celebró aquel mismo día en la capital aragonesa.

Once cadáveres se juntaron el 12 de enero en el depósito del hospital provincial de Zaragoza, eran los del teniente Bergés y el sargento Antón, colocados en fila con los de sus asesinos: los cabos Godoy y Peña, los artilleros Aznar, Embedo, Gálvez, Pelegrín, Oliva y Terán, éste último suicidado en el momento de su detención. Con los militares también fue fusilado el paisano Checa.

El entierro de Bergés y Antón paralizó la actividad de la capital por unas horas. Miles de personas acompañaron hasta el cementerio a los féretros que, cubiertos por sendas banderas nacionales, fueron llevados a hombros por oficiales y suboficiales de la plaza. Entre las coronas que precedían al cortejo fúnebre, una portaba sobre la cinta unas letras doradas con la inscripción: «A Antón, su prometida».

Dos humildes servidores del Ejército pagaban con su vida la lealtad a los principios eternos de la milicia: un teniente de la escala de reserva, a quien su hijo, de cinco años, despedía en el camposanto. Y un sargento, huérfano de un oficial muerto en Cuba, que bajó a la tierra entre flores regadas con lágrimas de mujer.

Un par de días más tarde, la prensa se hacía eco de los discursos pronunciados en las Cortes por varios diputados que pedían un aumento de sueldo para los sargentos y la revisión de ciertas leyes. Después, con los problemas de gobierno vinieron los olvidos, y la memoria perdida siguió siendo la facultad humana de más difícil recuperación hasta la fecha.